

**Alocución Recordatoria de Don Nicolás Acs, presidente del Club Social “MAZSE” con motivo del 35° Aniversario de la Deportación de los Judíos de Hungría (20 de Sivan)<sup>1</sup>**

Queridos Hermanos y Amigos:

Hoy me corresponde la triste tarea de evocar la memoria de los seis millones de mártires del Holocausto y entre ellos 600.000 de Hungría, nuestros padres, madres, hijos abuelos, hermanos, tías, tíos, parientes y familiares, jóvenes y adultos, hombres y mujeres, grandes rabinos y científicos, hombres laboriosos, mujeres ejemplares, todos víctimas del odio nazi.

¿Quién podría recordarlos según sus méritos, quién podría decir con exactitud qué significa para nosotros su martirio y la destrucción del judaísmo en Hungría? Con intención utilizo la palabra “significa” y no significaba, porque la tristeza y la consternación por su desaparición esta presente en nuestra mente y debe permanecer viva durante toda la vida.

Hay quienes piensan que, después de 35 años, podríamos olvidar los acontecimientos o por lo menos no hablar de ellos, y lamentablemente hay quienes piensan y también dicen que tendríamos que perdonar a los asesinos.

Yo estoy convencido, y espero que todos Uds. Estén de acuerdo conmigo, que no debemos olvidar jamás y tampoco perdonar. Si las heridas llevadas en nuestros corazones por la tragedia personal y por la del pueblo judío estén por cicatrizar, tenemos que arrancarlas de nuevo y dejarlas sangrar a fin de que nos hagan recordar y que nos adviertan que no podemos y no debemos olvidar a los mártires del Holocausto y la destrucción del judaísmo en casi toda Europa.

---

<sup>1</sup> Testimonio rescatado gracias a Mario Klarmann, a quien Don Nicolás Acs entregó el texto después de su alocución. Fuente: Archivo Histórico del Judaísmo Chileno.

Nosotros no estamos de acuerdo con la idea de perdonar a los que nos hicieron mal, quizás en asuntos personales se puede seguir esta sugerencia, pero cuando se trata del aniquilamiento premeditado de todo un pueblo, de toda una religión y cultura, no podemos ser magnánimos. Los judíos en Europa, y nosotros en Hungría hemos sufrido prácticamente durante toda la historia, hemos sido expuestos a humillaciones, persecuciones, saqueos, discriminaciones, *numerus clausus*, hemos sido considerados como chivo emisario, como diablos, como fuente y causantes de todo mal, no podemos olvidar, no podemos perdonar.

No sólo nosotros no olvidamos, tenemos que enseñar a nuestros hijos, tenemos que hablarles sobre el pasado para que ellos tampoco olviden. Como en la noche de pesaj, durante el Seder contamos “*AVADIM HAYINU LEFARO BEMITZRAIM*” (Esclavos fuimos en Egipto trabajando al Faraón) así tenemos que contar a nuestros hijos todo lo que ha pasado con nosotros, con sus abuelos, y tíos, con el pueblo judío en general durante la historia y especialmente durante el Holocausto, a fin de que sepan y recuerden y que lo transmitan también a sus hijos y que permanezca viva la memoria de los mártires.

Cuando nosotros, los pocos sobrevivientes ya no tenemos en la tierra empapada por la sangre de los millones de inocentes, y no encendemos velas por los inmolados vengan ellos y sus hijos y nietos para recordar la tragedia del pueblo judío y sepan que son descendientes de los mártires y víctimas, que los obligará a ser fieles a su pueblo a su religión a su tradición a su cultura y al Estado de Israel.

Cada uno de nosotros podría contar mucho sobre sus sufrimientos o los sufrimientos de sus seres queridos, una historia es más triste, más conmovedora que la otra, cada uno de nosotros siente la tragedia personal y también la común, sin embargo, yo siento que tengo que hablarles, tengo que contarles algo de mi calvario.

Todavía con horripilación recuerdo a Pozsonyigetfalu, donde trabajé en la excavación de las trincheras junto con los 212 compañeros, parte de los 1.500 quienes fueron llevados de

la rampa del terminal Ferencváros. Mis manos quedaron congeladas, entumecidas y todavía siento en mis hombros y espalda los crudos golpes de los capataces.

Revivo la noche de Pesaj en 1945, cuando todos estuvimos sentados en el establo que nos sirvió como morada y encerrados en nosotros mismos pensábamos en el calor y solemnidad de tantos Seder celebrados en la casa paterna y luego con nuestra familia. Luego llegaron los aviones para bombardear el puente cercano del río Danubio, todos nosotros nos paramos y pedimos a Dios que las bombas caigan sobre nosotros para que termine nuestra vida y no tengamos que sufrir más.

¿Cómo podría olvidar la evacuación de Pozsony y el traslado a Mauthausen, navegación durante 10 días sin comer y sin tomar casi nada; cuando llegamos la mitad de los compañeros estaba muerto, sus cadáveres yacían en la bodega de la nave y nosotros estremecidos ayudamos a desembarcarlos?

¿Cómo podría borrar de mi mente las primeras impresiones en Mauthausen: centenas y miles de cadáveres y esqueletos, amontonados como la leña de un bosque, y los todavía vivos, miserables imágenes de seres humanos, en antaño hombres respetados de la sociedad?

¿Se puede olvidar la marcha forzada de los hambrientos y agotados desde Mauthausen hasta el Lager en los bosques de Günskirchen y el heroísmo de un compañero? Uno de nuestro grupo, cansado y medio muerto se sentó por uno minuto en una piedra y cuando vino el guardián nazi y le dijo: marcha judío o te mato, él, utilizando sus últimas fuerzas, agarró el fusil y lo dirigió hacia su propia cabeza. Y la bestia tiro... Continuando el camino un compañero se acercó, me agarro por los brazos y me preguntó ¿Hermano, sobreviviremos? Mis palabras de alivio ya no llegaron a sus oídos, una bala nazi lo encontró en la cabeza y se cayó muerto en la tierra.

¿Para que continuar con los sufrimientos padecidos? Es suficiente decir que de los 212 judíos del grupo, hemos quedado vivos cuatro. Y si preguntamos, ¿Por qué? Mi

contestación es: para contar los acontecimientos y mantener el recuerdo. Por esto estoy aquí con Uds. Cumpló con mi deber con el corazón quebrantado.

Después de haber regresado a Hungría, muchos vinieron a preguntarme sobre la suerte padecida por sus padres, hijos, maridos y parientes. Ellos sabían lo que había pasado, sin embargo, cada regresado significaba un poco de esperanza, esperanza falsa, pero esperanza. Quizás haya un milagro, el pariente no regresado viva en algún lugar o en alguna ciudad. Yo les hablaba ampliamente, no he querido engañarlos, que supieran que pasó con sus seres queridos, que conocieran la verdad y que tomaran rápidamente la decisión de salir de Hungría y quizás de Europa, donde ha sido posible matar a seis millones de judíos con el aplauso, consentimiento y desinterés flegmático de tantos pueblos, cristianos y civilizados.

Seguramente hay muchos entre los presentes quienes vieron la película *El barco de los malos* que ha mostrado bastante bien la actitud y sentimiento del mundo y de la humanidad hacia los judíos. Como es conocido, Hitler permitió que 1.500 judíos emigrasen a Cuba. Para este fin se fletó un barco, el cual, con muchas dificultades había llegado a las costas de Cuba, pero no se le permitió anclar y aún menos desembarcar a los perseguidos. El capitán decidió navegar hacia los Estados Unidos, pensando que U.S.A daría permiso para que los salvados de los nazis vivan en la tierra de Libertad. Pero el capitán se equivocó, todavía no llegaban a las aguas Americanas, cuando un barco americano transmitió la orden de alejarse de sus aguas jurisdiccionales y no acercarse al territorio de los Estados Unidos. Se tornó evidente que la Estatua de la Libertad, donada por Francia y erigida frente al puerto de Nueva York, señala la entrada a la tierra de libertad para todos, pero en este caso se la negó a los judíos.

Hemos sido considerados y tratados como “*guerim*” extranjeros durante casi toda la historia y en todos los países y naciones. Nos hemos dado cuenta que nuestra verdadera patria es Medinat Israel, el único lugar donde podemos vivir con toda seguridad y no tener miedo de ser perseguidos o discriminados por ser judíos.

Recuerdan Uds. la película realizada en base al libro de León Uris, donde un escritor judío acusa a un médico gentil por su participación activa en los actos contra los judíos y aunque hayan comprobado las acusaciones, los árbitros lo condenan simbólicamente a él, demostrando que un judío difícilmente puede tener razón en cualquiera parte del mundo, excepto en Israel.

Durante los años pasados muchas veces pensaba y buscaba la explicación de cómo se pudo llevar a cabo, todas las leyes raciales, el ghetto, la deportación de los judíos, tan rápido y con tanta eficiencia en Hungría, ya en la última fase de la guerra cuando ya fue evidente que Alemania estaba perdiendo la guerra. Pensando en la historia de los judíos en Hungría, no es difícil de contestar. El Antisemitismo no estaba lejos del espíritu húngaro y los políticos lo apoyaron. Tiszaeszlár, Istóczy, el regente Horthy y sus verdugos en el camino desde Szeged hacia Budapest y luego en los sótanos del Hotel Britania, Prónay, Gömbös y sus adeptos divulgaron y practicaron los conceptos del antisemitismo en una época cuando Hitler todavía no había divulgado sus ideas antijudías, y hay que decir que el pueblo, especialmente la clase media, acogió las ideas con beneplácito, queriendo salvarse de la competencia económica y/u obtener los recursos de los judíos sin trabajos.

Después de los antecedentes antijudíos de largo decenios no es raro que no sólo el gobierno fascista nazi sino también el pueblo mismo colaborara con ganas en la ejecución de las ideas nazis y los pocos quienes no participaron efectivamente, miraron con complacencia a las atrocidades y contaron los días u horas cuando pudieran llenar sus casa o tiendas con las pertenencias de los judíos deportados.

Tal era Hungría y tal su pueblo, allí vivían nuestros padres, abuelos con la idea de asimilarse y ser húngaros de religión israelita. La experiencia sufrida nos ha enseñado que la asimilación no vale nada, debemos quedarnos fieles a nuestro pueblo judío, a nuestra tradición y cultura multimilenaria, debemos quedarnos judíos y como tales integrarnos a la sociedad que nos rodea e intentar mejorarla en conformidad con nuestras enseñanzas morales tan universales.

Nuestros hermanos deportados de Hungría en su mayoría llegaron a Auschwitz, donde en la entrada figuraba “*ARBEIT MACHT FREI*”, sí, ellos se transformaron en libres de todo sufrimiento terrenal, su cuerpo se transformó en humo y en cenizas, pero sus almas han subido a la proximidad de Dios y desde aquel lugar sagrado miran y nos protegen a nosotros y al mismo tiempo nos advierten: “*ZAJOR*” recuérdate de todo lo que ha pasado.

Es un fenómeno natural y, a la vez lamentable, que tenemos mala memoria: olvidamos fácilmente lo malo y pensamos sólo en lo bueno. Moisés al despedirse del pueblo, les dice: “*Recuerda, vuelve atrás tu mirada, piensa en los tiempos pasados, pide a tu padre que te lo diga y a los ancianos que te lo cuenten*”.

Tenemos mucho que recordar, mucho que pensar y meditar. En la entrada del museo *La Vida del Pueblo Judío en la Diáspora* en Tel Aviv hay una inscripción grabada en mármol que reza así: “*Esta es la historia de un pueblo que estuvo esparcido por todo el mundo y sin embargo, se ha mantenido como una sola familia. Es una nación que una y otra vez estuvo condenada a la destrucción y sin embargo, de las ruinas ha surgido a una nueva vida*”.

Recordemos el pasado para que tengamos fe y confianza en el futuro de nuestro pueblo y fuerza para construir un mundo mejor.

Creemos firmemente en Dios y pidamos que conceda descanso eterno a los mártires de todas las épocas de nuestro pueblo, entre ellos a los 600.000 de nuestros hermanos de Hungría, y por el mérito de ellos nos bendiga a nosotros, a nuestros seres queridos, a nuestro pueblo por doquier y a Medinat Israel con creatividad, tranquilidad y PAZ.